





# VERDE AGUA

*Tour de force, 8*



Marisa Madieri

# Verde agua

Traducción de Valeria Bergalli

Posfacio de Claudio Magris

editorial  minúscula  
BARCELONA

Título original: *Verde acqua*  
Copyright © Marisa Madieri, 1987

© del posfacio: 2000 Claudio Magris  
© de la traducción: 2000 Valeria Bergalli  
Revisión: Marta Hernández

© 2000 Editorial Minúscula, S. L.  
Sociedad unipersonal  
Av. República Argentina, 163 - 08023 Barcelona  
minuscula@editorialminuscula.com  
www.editorialminuscula.com

Primera edición en Paisajes narrados: octubre de 2000  
Primera reimpresión: febrero de 2001  
Segunda reimpresión: septiembre de 2001  
Tercera reimpresión: octubre de 2002  
Cuarta reimpresión: marzo de 2003  
Quinta reimpresión: febrero de 2006  
Sexta reimpresión: enero de 2009  
Séptima reimpresión: enero de 2012  
Primera edición en Tour de Force: septiembre de 2014

Diseño gráfico: Pepe Far  
Imagen de la cubierta: © J. R.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona  
Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-941457-3-5  
Depósito legal: B-16.984-2014

*Printed in Spain*

*A Claudio*





24 de noviembre de 1981

En la casa de mi abuela paterna, en Fiume, el vestíbulo era amplio y luminoso. Contra una pared se apoyaba una gran mesa de madera maciza con patas extrañas, ora delgadas, ora voluptuosamente abultadas, que terminaban en grandes bulbos. En el largo recorrido entre la mesa y el suelo, su redondez a veces cedía bruscamente ante la angulosidad de un cubo, para después recomponerse enseguida en un nuevo y ágil tobillo o en una robusta pantorrilla. Mis dedos infantiles recorrían poco a poco aquellas curvas y aquellos recovecos, descubriendo nidos secretos de polvo que ni siquiera el riguroso y tal vez excesivo amor de la abuela por la limpieza lograba alcanzar.

Papá y mamá, por motivos económicos, fueron a vivir a casa de la abuela Madieri poco tiempo después de mi nacimiento y se quedaron allí dos años. El primer espacio para la aventura de mi vida, pues, el de las exploraciones a gatas en los laberintos domésticos, fue precisamente su vestíbulo, en el cual se me admitía de buena gana puesto que estaba casi desprovisto de adornos.

Incluso después del traslado de mis padres a la calle Angheben, donde permanecí hasta los once años, continué

visitando habitualmente a aquella extraña y enigmática abuela, que me quería muchísimo. Era alta, recta y silenciosa. Sus ojos, de párpados abultados, eran dos hendiduras ligeramente curvadas hacia abajo, su boca era fina y dura. Su rostro, de rasgos imperiosos, era suavizado por una nube de cabellos suaves y blancos, con alguna raya amarillenta, recogidos en un moño sobre la nuca. Cuando me tenía en sus brazos, yo hundía la cara en aquellos cabellos cuyo olor a limpio está ligado para mí, aún hoy, a su recuerdo.

Su pasado estaba envuelto en el misterio. Ni siquiera mi padre hablaba mucho de ello, y lo hacía sin ganas. Solo sé con certeza, por haberlo leído en su certificado de defunción, que había nacido en Varaždin en el año 1868, que se llamaba Filippina Miletić y que se había casado con Giorgio Madjarić, cuyo apellido sufrió a lo largo del tiempo dos reformas, convirtiéndose primero en Madierich y después en Madieri. El resto de su vida se desvanece en la leyenda. A partir de las escasas alusiones al asunto que se hacían en casa, pude reconstruir solo algunos hechos. De su matrimonio con el abuelo Giorgio habían nacido varios hijos, parece que nada menos que trece, entre partos individuales y gemelares. Muchos habían muerto a una edad temprana, y respecto a los supervivientes se fabulaban destinos trágicos e insólitos. Una hija había muerto de pulmonía a los veinte años, justo el día de su boda, otra se había suicidado a los dieciocho años por amor. De esta última, Angelica, encontré hace poco una fotografía que la retrata, sonriente y luminosa, con una mano apoyada sobre un pequeño paraguas vaporoso y la otra sobre la falda larga, de la que levanta una punta con coquetería. De la cintura muy fina surge un grácil busto de muchacha, encerrado en una blusa blanca, a la que una corbata masculina otorga un aire grave. Los

cabellos oscuros y rizados están escondidos bajo un sombrero impertinente adornado con un pequeño ramo de flores. Aunque no se me dijo nada más sobre esta tía, muchas son las cosas que se pueden leer en esa sonrisa y en esa mirada, de las que, no obstante la minuciosa intervención del fotógrafo para preparar la pose, se desprende un temperamento orgulloso y alegremente exuberante.

La abuela, pues, había estado casada durante largos años; después, de forma imprevista, en el año 1904 algo grave debió de trastornar su vida. Parece ser que el abuelo era en Varaždin un rico comerciante en maderas. Tenía, en efecto, carruaje y caballos, pero también el vicio del juego. Cuenta la leyenda que un día el abuelo Giorgio, habiendo perdido en el casino casa, carruaje y caballos, perdió también a su mujer, la cual, exasperada y embarazada de su último hijo, Luigi, mi padre, abandonó a la familia y se dirigió a Fiume. No sé si esta versión es del todo fiable, porque en tal caso la abuela, además de renunciar a su marido, habría renunciado también a sus hijos, a los cuales estaba muy unida y con los que mantuvo siempre contacto epistolar. He llegado a pensar incluso que mi padre pudo haber sido el fruto de una relación adúltera y que la abuela fue expulsada de su casa. Pero, aparte de que no hubo ningún desconocimiento de paternidad por parte del abuelo, me parece bastante improbable que una mujer ocupada en tantos embarazos tuviese el tiempo y las ganas de pensar también en aventuras extraconyugales. Considero, por lo tanto, más razonable la versión mítica; es decir, que llegados a cierto punto la abuela dijo basta.

En Fiume, sola, desprovista de cualquier medio de subsistencia y con un hijo en camino, la abuela no se desanimó. Con su rostro impenetrable, escondiendo la inci-

piente maternidad bajo un estrecho corsé y una amplia falda, afrontó impasible un trabajo agotador y humillante para una señora de su condición social. La contrataron para limpiar en el casino de Fiume, con un horario duro y equívoco a los ojos de los bienpensantes. Pero su voluntad férrea y el conocimiento de varias lenguas —el serbocroata, el húngaro, el alemán y el italiano— le permitieron convertirse muy pronto en la encargada del guardarropa. Esto supuso el comienzo de su relativa fortuna. De hecho, no fue el salario, sino las propinas de los ricos señores, lo que permitió a la abuela mantenerse ella misma y a su hijo con dignidad, y comprar, más tarde, el piso en el que vivía. La ironía del destino quiso que precisamente el casino, que había supuesto el comienzo de la desventura en su vida, le ofreciera también más adelante la ocasión de alcanzar una orgullosa emancipación económica y espiritual, muy difícil para una mujer de aquella época.

El abuelo Giorgio fue borrado de su vida. Mi padre no solo no lo conoció nunca personalmente, sino que ni siquiera vio su rostro en una fotografía ni jamás oyó que la abuela lo mencionara. Solo se le informó de su muerte, que tuvo lugar varios años más tarde.

25 de noviembre de 1981

La profundidad del tiempo es una reciente conquista mía. En el silencio de la casa, cuando durante la mañana me quedo sola, reencuentro la felicidad de pensar, de recorrer el pasado adelante y atrás, de escuchar el fluir del presente. Es algo que pocas veces me había pasado antes. Después de una infancia satisfecha y sin problemas inmediatos, una adolescencia pobre e introvertida y una juventud empecinada, he llegado a una madurez en la que las cosas y los acontecimientos parecen tener un ritmo más lento, que permite la reflexión. Del mundo del trabajo, con los chicos ya bastante crecidos, he sido devuelta a la libertad de mi casa y de mis días. En el humilde y variado trabajo cotidiano, los pensamientos pueden aflorar, organizarse, clarificarse. El tiempo, antes casi sin dimensiones, reducido a mero presente debido a una vida apresurada, acosada por un turbión de obligaciones, de alegrías robadas y de preocupaciones, ahora se despliega en horas livianas, se dilata y se arrellana, se puebla de resonancias y recuerdos que poco a poco se recomponen en forma de mosaico, emergiendo en pequeños remolinos de un magma indistinto que, durante largos años, se ha ido acumulando en un fondo oscuro y desatendido.

26 de noviembre de 1981

Vuelvo a encontrar, pues, en la memoria el vestíbulo luminoso de la abuela, al cual daban, dispuestas con regularidad las puertas de las otras habitaciones. A la izquierda, al fondo, estaba la cocina, blanca y extraordinariamente ordenada. El *spahert*, es decir, la cocina económica de leña, tenía los bordes esmerilados y los fogones con muchos anillos concéntricos que, para mi estupefacción, se podían levantar para crear unas aberturas más o menos grandes. En brazos de la abuela contemplaba con frecuencia en esos orificios el fuego rojo y tumultuoso, presa de un mágico aturdimiento. También la mesa, de un mármol claro, ejercía sobre mí una fascinación singular. La atravesaba una herida negra e irregular que contrastaba con las nervaduras ligeras y azules de la superficie. Me gustaba seguir con la mirada aquellos arabescos sombreados, aquellos dibujos siempre nuevos como nubes fugitivas en un cielo de primavera. La cocina tenía también un gran balcón que daba a un patio de tierra, triste y polvoriento.

A este se encuentra ligado uno de los episodios que mejor recuerdo de mis primeros años. Después de que nos trasladáramos a la calle Angheben, la abuela alquiló una ha-

bitación a un joven oficial de figura esbelta y rasgos amables. Un día, mientras la abuela me tenía en brazos, el oficial me regaló una caja de bombones, que representaban para mí una golosina irresistible. No dije nada, pero le hice entender a la abuela que deseaba que me pusiera en el suelo. Con la preciosa caja en la mano me dirigí hacia el balcón de la cocina y sin pronunciar palabra la arrojé al patio. Mi madre y mi abuela me reprendieron con dureza por la inexplicable y obtusa gratuidad del episodio y por mi falta absoluta de educación. Nadie comprendió, ni siquiera el joven oficial, que aquel gesto había sido, en cambio, una torpe maniobra de coquetería femenina. Haciéndome la desdenosa quería demostrar que no era una conquista fácil y que me declaraba dispuesta a la escaramuza amorosa.

Después, durante mucho tiempo, en cada visita corría hacia ese balcón para tratar de encontrar, allá abajo, la caja sacrificada inútilmente y perdida para siempre junto con aquel apuesto oficial, al que no volví a ver jamás.

Pero las llamadas más seductoras y misteriosas en casa de la abuela provenían del comedor que servía también de sala de estar y del que se me seguía excluyendo rigurosamente cuando era ya algo mayor. La abuela lo mantenía cerrado con llave y lo abría, como un sagrario, solo en circunstancias especiales, visitas de personas importantes o algunas comidas de celebración. Por el ojo de la cerradura intentaba, curiosa, averiguar sus secretos. Allí reinaba la penumbra, como si también la luz pudiese perturbar el decoro y el recogimiento. La decoración era sobrecargada, pero a mis ojos nada era más fascinante que el trofeo de fruta de vidrio de colores que adornaba el centro de la gran mesa. La escasa luz que lograba filtrarse por las ventanas parecía concentrarse en las transparencias elusivas, en las reverbe-

raiones, ora sanguíneas ora lánguidas, de los rojos oscuros, de los violetas, de los carmesíes y de los azules de aquellas formas. Las manzanas, las ciruelas, las peras y los rebosantes racimos de uvas me sugerían lejanas y fabulosas opulencias. Aquella habitación será siempre una tierra mítica e inexplorada, la Atlántida de mi infancia.



6 de diciembre de 1981

Pienso en mi madre cada vez con más frecuencia e intensidad. Las raíces de mi fuerza y de mi capacidad de no rendirme frente a las dificultades se hunden en su amor. La soledad, siempre al acecho incluso en una vida llena de afecto y que hace tres años me desveló de improviso su rostro de Medusa, encuentra aún en ella su consuelo y su superación. Su amor total y definitivo por mi hermana y por mí es lo más puro y lo más incorruptible que la vida me ha dado.

La vuelvo a ver en diferentes momentos de su vida, en imágenes desligadas la una de la otra. Ora se me aparece joven, en la calle Angheben, con los cabellos negríssimos ondulados, los ojos verdes, siempre un poco preocupada y temerosa de no estar a la altura de algo; ora pienso en ella en Trieste, en el campamento de refugiados del Silos, doblegada por la angustia, por la miseria, por una madre tiránica, por la falta de una casa, solo deseosa de envejecer para tener el tiempo de «leer libros»; ora la recuerdo con los cabellos grises y la mirada dulcísima durante los últimos años de su vida, en la calle Piccardi, de nuevo en una casa verdadera, finalmente más serena a pesar de otras tribulaciones, con-

tenta de ver a sus hijas diplomadas y con un futuro independiente, tan distinto del suyo.

Me fue arrebatada demasiado pronto, justo cuando habría podido empezar a devolverle aquello que hasta entonces solo había recibido.